



EVANGELIZACIÓN

CIENT AÑOS MÁS DE MERCED EN HERENCIA

RELATO DE UNA PEREGRINACION POR LA IGLESIA DEL CONVENTO LA MERCED. (IIª PARTE)

Rodrigo volvió la mirada a la iglesia del convento mientras el ruido de la motocicleta se perdía a lo largo de la calle. Sobre la puerta destacaba la imagen de la Virgen de la Merced contrastando con su color pétreo blanco sobre el colorido de la fachada enladrillada. Sobre ella un gran ventanal se abría para dejar pasar la luz del día al interior del templo. A los lados del cuerpo central de la fachada dos grandes escudos de la Orden de la Merced justificaban la presencia de María en aquel lugar. La Merced era una centenaria orden religiosa eminentemente mariana y aquella iglesia conventual era una de las mejores demostraciones de su espiritualidad. Los escudos mercedarios de grandes dimensiones parecían más recientes que el resto de los ornamentos de la fachada, propios de una última restauración tras la Guerra Civil, supuso Rodrigo.

El hombre que estaba leyendo la lista de nombres de las blancas placas marmóreas había desaparecido lo que hizo que un impulso llevase a Rodrigo a cruzar la calle y situarse ante ellas en el mismo lugar en el que minutos antes otro curioso había detenido temporalmente su camino. Las dos placas contenían una amplia serie de nombres de personas muertas en el periodo de la Guerra Civil Española. Rodrigo sostiene que tras leer unos cuantos nombres decidió entrar en la iglesia atravesando la puerta de madera de dos hojas pintada de color verde oscuro. Una vez en el interior dio por exitosa su peregrinación hasta aquel lugar. Se situó exactamente frente al altar y contempló a lo lejos la imagen de la Virgen de la Merced que el pueblo de Herencia unánimemente llamaba Hermosona. Era una imagen preciosa, bien cuidada y en un escenario que la situaba en el centro del punto de vista de todo el que se asomaba al templo por primera vez. Sin embargo sostiene que su peregrinación no había terminado. Rápidamente y al desviar la mirada a derecha e izquierda se dio cuenta de que, en realidad, la peregrinación no había hecho más que comenzar. Tenía que recorrer todos y cada uno de los altares y

capillas laterales de la iglesia para que su llegada ante la imagen de la Hermosona tuviera el sentido que él estaba buscando con su peregrinación. En los primeros bancos de madera, que en dos filas se organizaban a lo largo de la nave central, estaban sentadas dos mujeres de garvín que -vistas de espaldas y a lo lejos- le parecieron casi centenarias. Supuso Rodrigo que estaban rezando mientras contemplaban el rostro de la imagen de la Virgen Redentora.

Se dirigió hacia la parte izquierda de la iglesia. El recorrido debía comenzar lo antes posible para poder admirar todo el edificio y su imaginería santoral antes de que comenzase la eucaristía que, según el cartel de los horarios de culto a la entrada de la iglesia, daría comienzo a las ocho y media.

El primer cuerpo de la nave izquierda tenía un retablo de madera presidido por una talla de san Antonio con el niño Jesús en su brazo izquierdo apoyado en un libro. La imagen del santo fraile de hábito y rosario estaba rodeada por una talla policromada de un niño Jesús cubierto con un vestido pintado de azul y con abundantes dibujos dorados -el Niño del Remedio, le decían- que sostenía una cruz de madera más grande que él. Y al otro lado del retablo lateral estaba la popular imagen de san Pancracio tan relacionado con el trabajo y con el bienestar económico y social. Detuvo la mirada en el libro que tenía la imagen del santo en la mano izquierda y en el que sostiene Rodrigo que leyó "*Venite ad me et ego dabo vobis omnia bona*". Sostiene que volvió a contemplar el retablo desde un plano general. Era un retablo de madera oscura barnizada y coronado con un majestuoso escudo de la Orden de la Merced. De repente el sonido del órgano de tubos comenzó a invadir el lugar sagrado. Alguien se había puesto a tocar el instrumento situado -según pudo ver al entrar en la iglesia- en un coro alto justo encima de la zona en la que se encontraba en aquel momento. Rodrigo intentó identificar el conjunto de notas emitidas por el instrumento pero rápidamente se dio cuenta de que, en realidad, las manos del artista oculto se limitaban a tocar acordes de todo tipo. El órgano de tubos parecía majestuoso desde abajo y propio de la organería de las primeras décadas del siglo XX. Había sido instalado en la iglesia y bendecido a finales de 1928 con una misa solemne y gran concierto en el que había intervenido el P. Miguélez, gran compositor mercedario -aunque eso Rodrigo tampoco lo sabía-.

P. Jaime Vázquez, mercedario.